

## El mito de la II República en el recuerdo. El gobierno republicano en las autobiografías españolas (1939-2000)\*

Blanca Bravo Cela

“Memoria y olvido nacieron juntos en la cultura griega. Recordar y olvidar, vivir y perecer fue una oposición necesaria y constante que marca toda la literatura. La memoria constituyó un inmenso espacio de experiencia, de ejemplo, de aprendizaje y, por supuesto, de escarmiento. El olvido, por el contrario, significó algo parecido a la muerte.” Emilio Lledó.

“Los recuerdos tienen un lenguaje distinto. De hablar en presente a hablar en pasado hay la diferencia de la realidad forzosa a una realidad desaparecida ya y vuelta a crear, más en el sentimiento que en la imaginación.” Ramón J. Sender.

El 6 de diciembre de 1931, José Ortega y Gasset pronunció una conferencia en el Cinema de la Ópera, de Madrid, titulada “Rectificación de la República”. Allí, después de analizar el momento histórico contemporáneo y de cuestionarse la naturaleza de la República que se llevaba vivida, peroró antes de que el público irrumpiera en aplausos: “La República, durante su primera etapa, debía ser sólo República, radical cambio en la forma del Estado, una liberación del Poder público detentado por unos cuantos grupos; en suma, que el triunfo de la República no podía ser el triunfo de ningún determinado partido o combinación de ellos, sino la entrega del Poder público a la totalidad cordial de los españoles.”<sup>1</sup> Habían pasado casi ocho meses desde que, en abril, el gobierno republicano le ganara la partida a la monarquía en las urnas y este ideal defendido por Ortega y Gasset de que la República –etimológicamente cosa pública, ya se sabe- no debía responder al predominio de ningún partido, sino a la voluntad total de los ciudadanos, no se cumplió nunca verdaderamente.

En realidad, cada tendencia política favorable a la República le exigía un comportamiento en consonancia con su ideología y eso provocó profundas rupturas internas que fueron aprovechadas por una parte del ejército para producir el golpe de estado que fracasó y derivó en una sangrienta guerra civil. Los años republicanos quedaron a la sombra de un conflicto bélico entre hermanos que modificaba -tenía que hacerlo- la realidad por la acumulación del drama. Al recuerdo de la guerra se añadió la ruptura radical con la vida y con el imaginario republicanos que llevaron a cabo los vencedores al finalizar la contienda, cosa que distanciaba todavía más en la memoria los hechos transcurridos entre el 14 de abril

---

\* Este artículo sintetiza las ideas principales de la tesis doctoral titulada *La fragua de un mito. La II República en el memorialismo español (1939-2000)*, dirigida por la Dra. Anna Caballé y leída en septiembre de 2002, en la Universidad de Barcelona.

<sup>1</sup> ORTEGA Y GASSET, José, *Discursos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, p. 198.

de 1931 y el día 1 de otro abril, el del año 39. Sin embargo, poco después de la derrota empezó la escritura dirigida a evitar el olvido de los días republicanos. Los diarios tempranos de exiliados<sup>2</sup> iniciaban en este sentido una labor de rescate de los sucesos vividos desde la óptica de los derrotados. Y es que la escritura personal fue utilizada como un vehículo mediante el que se explicaban actuaciones del pasado inmediato y la realidad histórica se describía de forma personal –necesariamente subjetiva- en cada autobiografía. Esta dirección buscada, en función de la ideología propia, no es una novedad en el texto íntimo –diríamos que incluso es una marca del género, porque garantiza el autorretrato también en el ámbito del pensamiento-, pero ocurre que la mayoría de los textos personales escritos después de la contienda sentenciaban como verdades universales las que no eran –no podían serlo- más que particulares. Este pulso entre el testimonio personal y la verdad universal es constante en los libros de recuerdos y aparece de modo especialmente claro en las autobiografías dedicadas a rememorar la República y la guerra civil. Veamos un ejemplo.

La fecha del 14 de abril del año 31 se convirtió en un símbolo de doble significado. Libertad y alegría para los republicanos –“aquella dorada mañana de primavera, la más alegre de su historia”<sup>3</sup>, como la evoca Fernando Fernán-Gómez en sus memorias *El tiempo amarillo* (1990)-; mientras que para los franquistas fue una estupenda manifestación de desorden ciudadano, cuando no un hecho insignificante –Ruiz Gallardón, en una entrevista que le realizaba Rafael Borràs Betriu en 1971, justificaba la guerra civil diciendo que “luego [de 1931], desatada la demagogia, la zafiedad, el antiespañolismo fue necesaria. Dolorosa, pero necesaria. Y desde luego inevitable.”<sup>4</sup> Por su parte, Franco Salgado-Araujo desmerece la proclamación de un plumazo en sus memorias tituladas *Mi vida junto a Franco* (1977): “El martes 14 de abril de 1931 fue un día de trabajo como otro cualquiera”<sup>5</sup>. Ambas versiones aparecen repetidamente –con las mismas connotaciones, positivas o nefandas- en la descripción de ese día que se hace en las memorias personales. La realidad era la misma. Es objetivamente cierto –lo proclaman las fotos- que grandes cantidades de personas entusiastas, bien por curiosidad, bien por afinidad, tenían repletas las calles de las principales ciudades y, en cambio, encontramos dos interpretaciones contrapuestas de ese mismo acontecimiento histórico: alegría o desorden. El lector, que se encuentra con las dos opciones radicalmente opuestas en los textos, duda y se le despierta entonces la curiosidad por conocer los mecanismos retóricos puestos en marcha para escribir una vida, de forma que un hecho del imaginario común –por colectivo- resulte dramático o glorioso y ambas versiones parezcan verosímiles en el texto de explicación personal.

<sup>2</sup> Destaca el acelerado diario de la huida que escribió Solano Palacio, *El éxodo*, que se publicó en Chile en 1939. También es un diario de exilio –con título casi idéntico- *Éxodo*, de Silvia Mistral, aparecido en México en 1940, y de naturaleza parecida es *Cuatro años de mi vida, 1940-1944*, de Victoria Kent, texto publicado en 1947. Recientemente han aparecido dos interesantes diarios: el de ROVIRA I VIRGILI, Antoni, *Els darrers dies de la Catalunya republicana. Memòries sobre l'èxode català*, Barcelona, Proa, 1999 y los *Dietaris de l'exili i el retorn*, en dos volúmenes, de SOLDEVILA, Ferran, Valencia, Edicions 3 i 4, 1995 y 2000.

<sup>3</sup> FERNÁN-GÓMEZ, Fernando, *El tiempo amarillo. Memorias (1921-1987)*, Madrid, Debate, 1995, pp. 11-12.

<sup>4</sup> BORRÀS BETRIU, Rafael, *Los que no hicimos la guerra*, Barcelona, Ediciones Nauta, 1971, p. 139. Este libro tuvo una respuesta un par de años después a cargo de PONS PRADES, Eduardo, titulado *Los que SÍ hicimos la guerra*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1973.

<sup>5</sup> FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco: *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1977.

Y es que, aun conociendo las limitaciones del género, casi todos los memorialistas<sup>6</sup> quieren salvar el gran obstáculo de la escritura personal que Jung había señalado en el prólogo de su propia autobiografía, titulada *Recuerdos, sueños, pensamientos*: “Lo más difícil en la configuración de una autobiografía consiste en que no se posee ninguna medida, ningún terreno desde el cual juzgar”<sup>7</sup>. Realmente, la implicación del autobiógrafo es absoluta y esto parece perderse de vista en los textos –Ramón Serrano Suñer subtitula *La historia como fue* su autobiografía de 1977, *Entre el silencio y la propaganda*<sup>8</sup>-, de modo que se da una utilización del horizonte de expectativas que supone el género –sinceridad en la confesión en primera persona- para, en el caso que analizamos, defender –o atacar- un modelo político.

### La República a debate en el recuerdo

El corpus de memorias dedicadas a recordar la República es amplísimo. Transcurridos los años en que España se acogió a la bandera tricolor, transcurridos también el golpe de estado, la lucha y la derrota final, muchos supervivientes pusieron manos a la obra en la tarea del recuerdo. No hay duda de que resultó un período histórico trascendente porque implicó prácticamente a todo el país. Nadie parece quedar indiferente ante el recuerdo de la guerra y sus precedentes, así que resulta corriente que toda persona que escribe su vida después del año 1939 se dedique a reflexionar sobre los años de la República. Ante tal cantidad de testimonios, optamos por la división del corpus en tres grandes tendencias que responden a la ideología volcada en cada escrito personal. De esta sistematización resultan las memorias franquistas –y las monárquicas y las falangistas-, las de los grupos de izquierdas que se enfrentaron a Franco y al gobierno republicano al que consideraban excesivamente burgués y acomodaticio –anarquistas, comunistas, federalistas- y, en fin, las memorias de los más fieles republicanos. Vayamos por partes.

### Contra la República

Escribieron sus recuerdos los que lucharon junto al general Francisco Franco contra el gobierno republicano legítimo. Para ellos la República fue “ese régimen que se implantó en 1931 cuando los españoles en colectividad perdieron el sentido común”<sup>9</sup>. Estas palabras corresponden a las memorias del año 1958, tituladas *La guerra en el aire (Vista, suerte y al toro)*, del coronel José Gomá y representan la idea que se difundió desde el aparato propagandístico de la posguerra –léase NO=DO, cine, prensa, libros escolares y otros medios

<sup>6</sup> Hay excepciones, como es el caso de Luis Buñuel que, en sus memorias tituladas *Mi último suspiro*, defiende una idea que había referido ya en una autobiografía breve y temprana, fechada en 1939. La expresa en el apartado dedicado al pesimismo, que empieza así: “He estado siempre al lado de aquellos que buscan la verdad, pero los dejo cuando creen haberla encontrado. Se vuelven muy a menudo fanáticos, lo que detesto, o si no ideólogos: no soy intelectual y sus discursos me hacen huir.” El texto autobiográfico está recogido en *Escritos de Luis Buñuel*, Madrid, Editorial Páginas de Espuma, 2000, p. 35.

<sup>7</sup> JUNG, Carl G., *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Barcelona, Seix Barral, 1964, p. 16.

<sup>8</sup> SERRANO SUÑER, Ramón, *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue*, Barcelona, Planeta, 1977.

<sup>9</sup> GOMÀ, José, *La guerra en el aire (Vista, suerte y al toro)*, Barcelona, Editorial AHR, 1958.

de divulgación de ideas<sup>10</sup>. La locura general que se dice que embargó al país durante los años republicanos –esa *belle époque* derrotada– es uno de los tópicos utilizados de forma recurrente en las autobiografías de los adeptos al régimen. José María Marcet Coll, quien fue alcalde de Sabadell entre los años 1940 y 1960, declara en sus memorias –*Mi ciudad y yo. Veinte años en una alcaldía* (1963)– lo mal que se estaba con la República y lo bien que se vivió después, tras el amanecer simbólico producido gracias al golpe de estado militar: “En el último período de la República, en el que el malestar social, el caos y el desorden auguraban lo peor, no había más solución que el sacrificio supremo capaz de salvar a la nación del abismo en que la precipitaban una serie de gobiernos irresponsables, tanto de derechas como de izquierdas, totalmente ineptos. La gesta heroica del 18 de julio de 1936, con todo lo que significaría para el futuro de la nación española, estaba ya muy cerca. En nuestro sentimiento la presentíamos y la anhelábamos. En el amanecer de aquella histórica fecha se renovaron mis energías como les sucedió a tantos millares de españoles y, desde el primer momento, me sentí totalmente identificado con los nuevos postulados que constituían el ideal y la conciencia del heroico puñado de patriotas que capitaneaba Francisco Franco.”<sup>11</sup> La retórica utilizada es evidente. Además de la descripción épica de lo que supuso la guerra civil, se recupera la simbología del tiempo, ya que otra fecha aparece cargada de sentido: el 18 de julio. Ese día supone el renacer de un “nosotros”, utilizado con el fin de lograr la complicidad con el lector en la interpretación de esta fecha, pero que, por contrapartida, será el primer día de sangre para los memorialistas de la derrota. El maniqueísmo de los buenos –“patriotas”– y los malos –“gobiernos ineptos”– está patente, así como el final feliz de los años que vinieron tras la gesta, cosas que acercan el texto personal al discurso fabuloso de los cuentos.

En la misma línea de crítica contra la República, se sitúan las *Memorias políticas* (1993) de Federico Silva Muñoz, franquista devoto, que salda en escasas diez líneas la trayectoria que va desde lo que él considera un “supuesto” gobierno republicano hasta el 18 de julio, día en que se demostró que la autoridad militar fue –en sus palabras– “mucho más respetuosa con la voluntad popular que el régimen republicano.”<sup>12</sup> Ocurre que en el memorialismo franquista la guerra civil lo es santa, Franco es un libertador y la República es un –si no el– infierno. De este modo, la contienda se convierte en el mito fundacional del

---

<sup>10</sup> El tema es amplio y está cargado de matices. Actualmente disponemos de una bibliografía nutrida referida a la propaganda del régimen contenida en los medios de comunicación, en las escuelas y en el arte. Por lo que se refiere al estudio del NO-DO, destacan los libros de RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Saturnino, *El NO-DO, catecismo social de una época*, Madrid, Editorial Complutense, 1999, otro más completo de TRANCHE, Rafael R. y SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente, *El NO-DO. El tiempo y la memoria*, Madrid, Cátedra / Filmoteca Española, 2000 y un artículo de GUBERN, Román, titulado “NO-DO: la mirada del Régimen” en *Archivos de la Filmoteca*, 15. Para la estudiar la enseñanza dirigida y la manipulación del arte que se llevaron a cabo durante el franquismo, la bibliografía es amplísima. Menciono algunos títulos por orden alfabético de autor: ALBERT, Mechthild, *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del franquismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998; CÁMARA VILLAR, Gregorio, *Nacional-catolicismo y escuela*, Jaén, Hesperia, 1984; FONTANA, Josep, *Enseñar historia con una guerra civil de por medio*, Barcelona, Crítica, 1999 y VALLS, Fernando, *La enseñanza de la literatura en el franquismo (1936-1951)*, Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1983. En el sentido contrario a la propaganda, el de la censura, ABELLÁN, Manuel L. escribió *Censura y creación literaria en España, 1939-1976*, Barcelona, Península, 1980.

<sup>11</sup> MARCET COLL, José María, *Mi ciudad y yo. Veinte años de una alcaldía, 1940-1960*, Barcelona, Duplex, 1963, p. 13.

<sup>12</sup> SILVA MUÑOZ, Federico, *Memorias políticas*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 229.

franquismo que demoniza lo precedente: antes era el caos<sup>13</sup>. El religioso Martín Torrent es autor de un testimonio sobrecogedor por la caridad pretendida: *¿Qué me dice usted de los presos?*, que se publicó en Alcalá de Henares el año 1942. Tras relatar cómo intentaba convencer a los presos republicanos para que se confesaran –conversión religiosa- y pidieran perdón –conversión política-, describe cómo en una ocasión uno de los presos más difíciles de persuadir acabó cediendo y los sacerdotes, con la palabra, tocaron de gracia al sentenciado: “Un instante nos acercamos y cuatro palabras bastaron para que nos fuera posible darle la absolución. Desde aquel día no hemos dejado de acompañar a los reos hasta el momento de verles y saberles cadáveres, y puedo decir con el mayor consuelo que no bastan los dedos de nuestras dos manos para contar otros casos similares al que acabamos de relatar”<sup>14</sup>. Se refiere a otros casos similares de los que cedieron y murieron confesados –ahí van decenas de muertos-, pero ¿y los que no cedieron? ¿cuántos son? El testimonio es brutal y obliga a la reconsideración del papel que jugó la Iglesia en el conflicto civil, llegada como llegaba, con la ira de la expulsión que había sufrido durante la II República –hay que recordar aquí los trabajos de Hilari Ragner, Javier Tusell y Julián Casanova<sup>15</sup>, dedicados a estudiar ampliamente los vínculos de la Iglesia con el régimen-.

La República, en definitiva, fue demonizada de modo absoluto por esta línea memorialista y, frente a ella, Franco se erige en las memorias franquistas como el héroe salvador de la patria. Lo escribe su hermana Pilar Franco en unas memorias de familia *Nosotros, los Franco* (1980): “Me gustaba la forma de Estado impuesta por Paco. A mí me convencía del todo. Tuvimos 40 años de una paz que no volveremos a tener en la vida. La gente venía a España y se iba diciendo que era el paraíso terrenal” y lo repite Gonzalo Fernández de la Mora, quien escribió en sus memorias, tituladas *Río arriba* (1995), una breve hagiografía del general Franco: “Franco es el gobernante más honesto que ha tenido España y el más eficaz, por lo menos, desde Felipe II”<sup>16</sup>. Quedaban invalidados todos los demás, incluidos los gobernantes republicanos.

Dentro de esta línea de ataque a la República, pero matizando la crítica, hay que mencionar los textos de aquellos monárquicos que se opusieron al gobierno republicano porque le censuraban la expulsión del monarca, a quien consideraban el legítimo guía del país. En un primer momento, los defensores de Alfonso XIII se habían puesto en manos de los militares pensando que éstos restaurarían la monarquía, pero acabaron desengañados por la obcecación de Franco en su idea de mantener el poder del país traicionando así a su rey. Son numerosas las autobiografías escritas para explicar esta situación. José María Gil Robles denuncia en *La monarquía por la que yo luché (1941-1954)* (1976) el ansia de permanencia del dictador y las estrategias que utilizaba para mantener a Don Juan al margen de la política

<sup>13</sup> REIG TAPIA, Alberto lo explica en su libro *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

<sup>14</sup> TORRENT, Martín, *¿Qué me dice usted de los presos?*, Alcalá de Henares, Imprenta Talleres Penitenciarios, 1942, p.72.

<sup>15</sup> TUSELL, Javier se dedicó en *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza Editorial, 1984; RAGUER, Hilari ha actualizado recientemente un estudio aparecido en 1977, que se titulaba *La espada y la cruz. La iglesia, 1936-1939*, en *La pólvora y el incienso. La iglesia y la guerra civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001. También reciente es el estudio de CASANOVA, Julián, *La iglesia de Franco*, Ediciones Temas de Hoy, 2001.

<sup>16</sup> FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *Río arriba*, Barcelona, Planeta, 1995.

española, mientras que Alfredo Kindelán hace una confesión en *La verdad de mis relaciones con Franco* (1981)<sup>17</sup> y, quien se declara “un monárquico convencido”, justifica su cercanía al general porque dice que buscaba el beneficio de la monarquía, que el año que publicó su autobiografía estaba reinstaurada. Otros muchos memorialistas –caso de J. A. Ansaldo con su libro testimonial *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III* (1951)<sup>18</sup> - se posicionan a favor del rey y en contra de Franco y de la República. Consideran a una el origen de los males del país y al otro la consolidación de la ruina.

Si el argumento de ataque a la República de las memorias franquistas era la demonización, el que esgrimen las memorias monárquicas es su incapacidad para el gobierno y el cariz populachero –que no popular- que presentaba. Eugenio Vegas Latapié en sus *Memorias políticas. El suicidio de la monarquía y la Segunda República* (1983) recuerda con dolor el momento de la marcha del rey, aristocrático además de aristócrata, frente a la que considera una masa burda definida por la transcripción de la fonética vulgar que utiliza: “Aún sigue resonando en mí: “No se ha marchao, que le hemos echao” y que contrasta con su “¡Viva el Rey!” pronunciado en Galapagar, aun a riesgo de ser apaleado por las masas. Idéntica idea defiende Eulalia de Borbón en sus *Memorias*: “Multitudes delirantes vitoreaban a la República con el ingenuo entusiasmo del niño que aplaude lo que no conoce, y en el Palacio Real en que nació se izaba una bandera nueva, sin historia y sin eco, y la España grande se eclipsaba, en nombre del dudoso y pobre porvenir, dando la espalda a su brillante pasado”<sup>19</sup>. En estos casos, la descalificación de la República se lleva a cabo a partir de la desautorización del gobierno y de sus seguidores, a los que consideran muy lejos de la elegancia concedida al monarca.

Por su parte, los falangistas también mantienen una posición de doble crítica desde posiciones de derecha. Por un lado, se sintieron traicionados por el régimen franquista, porque consideraban que había utilizado el ideario falangista de modo equívoco y poco leal con su proyecto de futuro; por otro, sigue el ataque a la República. Estas memorias suelen contraponer a José Antonio Primo de Rivera con Francisco Franco como enemigo del gobierno republicano. Cambian los héroes. Hace una evocación de Primo de Rivera su hermana Pilar en los *Recuerdos de una vida* (1981): “La República, tan bien recibida, perdió su oportunidad al dedicarse a herir sentimientos, en vez de hacer obra constructiva. Los separatismos, la quema de conventos, la expulsión de los jesuitas, las grandes manifestaciones comunistas, que recorrían las calles puño en alto gritando U.H.P., las persecuciones injustificadas provocaron reacciones contrarias, sobre todo entre la juventud, que empezó a agruparse en cenáculos disconformes. Uno de ellos fue el que, formado alrededor de José Antonio, dio lugar a los fundamentos de la Falange”<sup>20</sup>. José Antonio se convierte así en un personaje paradigmático en el texto personal. También lo idolatra el falangista Francesc Ferreras en el libro *Pensar bajo el franquismo*, compilado a finales de los años setenta por Juan Marsal. Confesaba Francesc Ferreras que: “Franco era el general que ganó la guerra y el Jefe de Estado, pero nunca le consideré como jefe político, sucesor de

<sup>17</sup> KINDELÁN, Alfredo, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, Planeta, 1981. Col. “Espejo de España”, 65.

<sup>18</sup> ANSALDO, J. A., *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekuri. 1951.

<sup>19</sup> BORBÓN, Eulalia de, *Memorias*, Madrid, Castalia, 1991, p. 365.

<sup>20</sup> PRIMO DE RIVERA, Pilar, *Recuerdos de una vida*, Madrid, Dyrsa, 1983, p. 55.

José Antonio Primo de Rivera en el mando de la Falange<sup>21</sup>.

Sea como fuere, franquistas, eclesiásticos, monárquicos y falangistas se vuelven a sumar en la escritura para engrosar el bando nacional que luchó durante la guerra civil contra el republicano. Vienen luego los ajustes de cuentas entre ellos, pero primero va el ataque colectivo y directo a la República, a la que consideran el enemigo común por - respectivamente- desordenada, atea, vulgar o equivocada.

### La República, utopía soñada

*La Segunda República: una esperanza frustrada* es el título de un estudio de Josep Fontana<sup>22</sup> que describe bien la esencia de la segunda gran línea del recuerdo. Son las memorias que se dedican también al ataque de la República pero desde un punto de vista más próximo, es decir, las de aquellos autobiógrafos comunistas, anarquistas o federalistas que quisieron cambiar desde la izquierda el cariz conservador que le criticaban a los años republicanos y formar una República a su medida. Para los comunistas las palabras de Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, escritas en sus memorias *El único camino* (1979), eran definitivas: “De este no hacer de los gobiernos republicanosocialistas en la solución de los problemas democráticos de la revolución burguesa, se deriva su responsabilidad histórica por la guerra iniciada en 1936 por las fuerzas fascistas y reaccionarias contra la República y contra el pueblo”<sup>23</sup>. Santiago Carrillo también se dedica en sus *Memorias* a señalar los errores de la II República. Primero expone sus esperanzas como comunista, que son absolutamente legítimas en cualquier ideología, por lo menos hasta que menciona a curas, militares y aristócratas: “¿Qué idea teníamos en ese momento [1931] de lo que sería la República? Se iba a acabar la opresión, la tiranía; íbamos a ser libres; la gente viviría mejor, habría más igualdad; cesarían el paro, el hambre y la miseria; tendríamos otra vida. Dejarían de mandar los curas, los militares y los aristócratas.” Cuando este paraíso imaginado no se cumple, considera que empieza la decadencia del gobierno republicano y se dedica a enumerar sus equivocaciones: “Se inician así una serie de dramas sociales en los que los trabajadores son terriblemente maltratados por las fuerzas represivas y el Gobierno republicano aparece enfrentado con ellos: parque de María Luisa, Casas Viejas, Arnedo, Castilblanco... Así se va gestando un profundo malestar social, un comienzo de frustración en las ilusiones creadas por la República y una radicalización del movimiento obrero que explica posteriores acontecimientos”<sup>24</sup>. Acontecimientos que se traducen en la férrea oposición al gobierno republicano de ese movimiento obrero y, finalmente, en el enfrentamiento y la lucha.

Al memorialismo anarquista, igual que al comunista, el gobierno republicano establecido les parece demasiado conservador. En este sentido, el ideólogo Diego Abad de Santillán, en unas *Memorias* (1977) que abarcan desde el año 1897 hasta significativamente

<sup>21</sup> MARSAL, Juan F. compiló un conjunto de testimonios en el libro conjunto *Pensar bajo el franquismo*, Barcelona, Ediciones Península, 1979, p.96.

<sup>22</sup> FONTANA, Josep, *La Segunda República: una esperanza frustrada*, València, Edicions Alfons el Magnànim de l'IVEI, 1987.

<sup>23</sup> IBÁRRURI, Dolores, *El único camino. Memorias de la Pasionaria*, Barcelona, Bruguera, 1979, p.127.

<sup>24</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993. Col. “Espejo de España”, p. 57.

el 1936, confesaba que apenas supuso cambio alguno la nominación de Monarquía a República: “El cambio de régimen en España no tenía para mí mayor significación; la proclamación de la República fue más el fruto de una oposición bastante generalizada a la conducta de la monarquía que había amparado la dictadura de siete años, sin contar sus errores anteriores, que el resultado de una nueva conciencia política”<sup>25</sup>. Era la misma idea que había defendido el anarcosindicalista Cipriano Mera en su autobiografía al referirse a los primeros días de la guerra: “Nos sentimos preocupados a causa de aquel gobierno republicano, que aun siendo integrado por los representantes de los partidos republicanos de izquierda y sostenido parlamentariamente por el Frente Popular, considerábamos más cerca de los reaccionarios que de la causa del pueblo”<sup>26</sup>. Los anarquistas siguen postulando en los textos una idea propia de República y contraponen la bondad de los personajes del momento: Buenaventura Durruti frente a Manuel Azaña y, por supuesto, frente a Francisco Franco. Cambian de nuevo los héroes y los antihéroes y, en este caso, el líder anarquista Durruti se convierte en el arquetipo: “La primera bandera había sido la de Buenaventura Durruti al partir con su columna hacia el frente de Aragón. También la rojinegra había sido la última en abandonar España, y sus componentes, los de la unidad División 26, “Columna Durruti”, al mando de Ricardo Sanz, cruzaron formados disciplinadamente la frontera francesa. Aquéllas, pues, las rojinegras, habían sido las primeras y últimas banderas de la guerra española”<sup>27</sup>.

Y, en fin, dentro de este grupo de memorialistas que solicitan una república propia, destacan los federalistas. “Yo era y soy un leal a la Generalitat catalana republicana” afirmó el dibujante y pintor Carles Fontserè en una entrevista que le hizo *La Vanguardia* en junio del año 2000<sup>28</sup> y en esa línea deben leerse sus magníficos libros de memorias: *Memòries d'un cartellista català (1931-1939)*, del año 1995, y *Un exilat de tercera. A París durant la Segona Guerra Mundial*, publicado en el año 1999<sup>29</sup>. La República federal es la apuesta que se deriva de las páginas autobiográficas de Fontserè, igual que lo es la evocada por los integrantes de la llamada liga GALEUSCA (Galiza, Euskadi, Catalunya)<sup>30</sup>, que se reunieron en el exilio para mantener viva su identidad cultural, más atacada, si cabe, que la cultura republicana transmitida en español. Los memorialistas federalistas en general critican también la República de los años treinta, en este caso por centralista. “Esta República no es mi República; no es la República que concibió mi padre, ni la que esperan sus discípulos”<sup>31</sup>, declaró en unas páginas testimoniales Joaquim Pi i Arsuaga, hijo y heredero también ideológico de Francesc Pi i Margall, que fue un gran defensor de una constitución federal ya

<sup>25</sup> ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Memorias, 1897-1936*, Barcelona, Planeta, 1977. Col. “Espejo de España”, 39, p. 174.

<sup>26</sup> MERA, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Châtillon-sous-Bagneux, Ruedo Ibérico, 1976, p. 15.

<sup>27</sup> Es un fragmento de la autobiografía de LLARCH, Joan, *Los días rojinegros. Memorias de un niño obrero, 1936*, Barcelona, Ediciones 29, 1975, p. 161.

<sup>28</sup> Entrevista a Carles Fontserè en *La Vanguardia*, 22-06-2000.

<sup>29</sup> FONTSERÈ, Carles, *Memòries d'un cartellista català (1931-1939)*, Barcelona, Pòrtic, 1995 y *Un exilat de tercera. A París durant la Segona Guerra Mundial*, Barcelona, Proa, 1999.

<sup>30</sup> La situación de los exiliados procedentes de las regiones españolas bilingües es bien analizada por HERNÁNDEZ, Prócoro, *Veus de l'exili a Mèxic. Una catalanitat a prova*, Barcelona, Pòrtic, 2000.

<sup>31</sup> Aparece citado por MARSÉ, Juan en *Imágenes y recuerdos, 1929-1940. La gran desilusión*, Barcelona, Editora Internacional, 1971.

durante la primera República española.

Algunos de los memorialistas de izquierdas más radicales llegan a evocar apasionadamente los años de la guerra civil por lo que tuvo de oportunidad para imponer su idea de República. Era entonces el momento del verdadero enfrentamiento ideológico. Mientras que los republicanos consideran que la guerra fue en todo momento injusta y motivada por una traición, estos memorialistas, que recuerdan los gritos de guerra en las memorias –“¡A las barricadas!”; “¡Viva Madrid sin gobierno!” y “¡No pasarán!” eran los más combativos-, revisitan la guerra como un espacio idílico de solidaridad y de libertad irrepetibles. Fue el tiempo breve de la promesa de una República cargada de ideales comunistas, anarquistas o federales.

### El mito de la República

Y llegamos al tercer grupo de memorias en esta visión panorámica de la producción autobiográfica contemporánea: las que se posicionan a favor de la legalidad republicana, la que realmente existió. En general, estas autobiografías consideran que unos a derecha y otros a izquierda no dieron tiempo al gobierno para materializar los cambios que procuraba y creen que mereció demasiadas críticas destructivas. Consideran los republicanos que estas posturas radicales fueron masacrando al gobierno de la República hasta que, agonizando durante demasiado tiempo, dio en morir. La personificación de la República, que “es siempre una mujer”<sup>32</sup>, como escribió uno de los máximos idealizadores, Eduardo Haro Tecglen, el 14 de abril de 1996, es una de las figuras retóricas más socorridas para presentarla como la víctima de una traición en este conjunto de memorias, que generan realmente la idealización del gobierno republicano.

La República nació en un amanecer simbólico: “Era un mediodía, rutilante de sol. Sobre la página del mar, una fecha de primavera: 14 de abril”<sup>33</sup>, escribe entusiasmado Rafael Alberti en *La arboleda perdida*, en 1959. Así la recuerda también María Zambrano en un libro íntimo, confesional y extremadamente simbólico escrito en los años cincuenta, titulado *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*. Se dedicaba la pensadora a evocar los años de la República: “Nadie pensó tener que contar esta historia en aquella hora, pues la esperanza no fascinada por la ambición se cree libre, sin historia. Y allá, en el fondo de esa esperanza, alentaba esa otra utópica que no se atreve a decir su nombre: la esperanza de que se haya deshecho de una vez el maleficio, del encanto de la serpiente, de que habiendo llegado a obedecer, surja la historia inspirada, la historia que el hombre haga en obediencia ante la inspiración, libre de ambigüedad; una historia transparente, que no arrastre a los hombres a la fatalidad de la pasión”<sup>34</sup>. La ambición libre se vio frustrada, pero se evoca siempre lo positivo.

Otros muchos libros autobiográficos recuperan las excelencias del gobierno republicano. Uno de los tópicos más repetidos es la sensación de fraternidad que se vivió el

<sup>32</sup> HARO TECGLEN, Eduardo, “La madre República”, en *El País*, 14-4-1996.

<sup>33</sup> ALBERTI, Rafael, *La arboleda perdida*, I. *Primero y segundo libros (1902-1931)*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

<sup>34</sup> ZAMBRANO, María, *Delirio y destino. (Los veinte años de una española)*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 206.

14 de abril en la celebración de la proclamación republicana. Carmen de Zulueta, que se autodefine como institucionista republicana, se refiere emocionada a ese día en su autobiografía *La España que pudo ser* (2000): “Fue uno de esos momentos sagrados, tan raros en la historia, en los que un pueblo, una nación se encuentra a sí misma, se ve y se palpa casi físicamente y tiene una conciencia inmediata de su propio ser y de su propio sentir”<sup>35</sup>.

Además de la alegría de la proclamación, destaca la admiración por la política de divulgación cultural que se llevó a cabo en los años republicanos. Jordi Solé Tura, quien tenía seis años cuando empezó la guerra y apenas nueve cuando terminó, escribe de los primeros tiempos del franquismo en su autobiografía *Una historia optimista* (1999): “Entonces empezaron los años tristes. La sensación de vitalidad de los años anteriores, el gozo por el descubrimiento diario de nuevas cosas y de nuevas referencias, incluso en los momentos más duros de la guerra civil, se acabaron con el descenso hacia un inmenso silencio colectivo, una resignación gris y una tristeza sin límites”<sup>36</sup>.

En este sentido, José Esteban se ha dedicado recientemente a hacer un balance de los años republicanos y concluye que “si hay una característica al hablar de la Segunda República, que siempre tiene carácter elogioso, sea quien sea quien la mencione, es la de su declarado esfuerzo por generalizar la instrucción pública como base indispensable de una ciudadanía responsable y concedora por sí misma de sus derechos y deberes”<sup>37</sup>. Realmente, los memorialistas refieren repetidamente la ilustración de los años republicanos, momento en que la censura desaparece: “Los intelectuales, la gente de letras, los artistas, en general, estaban de enhorabuena. Ya se pueden estrenar las obras prohibidas”<sup>38</sup>, escribe exaltado Rafael Alberti en su ya mencionada autobiografía *La arboleda perdida*.

En definitiva, eran tiempos de fraternidad, de voto femenino y de libertad de expresión. “En la República éramos todos más sencillos”<sup>39</sup>, confiesa en su autobiografía *Espejo de sombras* Felicidad Blanc, mujer y madre de los escritores apellidados Panero. Por su parte, Constanza de la Mora no tiene duda de que fue “el régimen verdaderamente democrático y popular en España”<sup>40</sup> por el que renuncia a su condición de aristócrata.

Esta visión positiva de la República en el recuerdo protagoniza una evolución en la escritura memorialista entre el año que finalizó la guerra y el 2000. A la vista comparada del corpus, la evolución del tratamiento de la República está clara. Abarca desde los textos pioneros del recuerdo al finalizar la guerra que la defienden apasionadamente, hasta los escritos en los últimos tiempos, que la evocan con una menor carga emocional y un mayor conocimiento de los hechos históricos.

Los memorialistas que publicaron en un primer momento memorias positivas sobre la

<sup>35</sup> ZULUETA, Carmen de, *La España que pudo ser. Memorias de una institucionista republicana*, Murcia, Universidad de Murcia, 2000, p. 87.

<sup>36</sup> SOLÉ TURA, Jordi, *Una historia optimista*, Barcelona, Edicions 62, 1999.

<sup>37</sup> ESTEBAN, José, “La escuela de otoño “Marcelino Domingo”, cinco años abriendo caminos hacia la Tercera República”, en *El Republicanismo español. Raíces históricas y perspectivas de futuro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 314.

<sup>38</sup> ALBERTI, Rafael, *La arboleda perdida*, (1975), p. 345.

<sup>39</sup> BLANC, Felicidad, *Espejo de sombras*, Barcelona, Argos Vergara, 1978.

<sup>40</sup> MORA, Constanza de la, *Doble esplendor*, Barcelona, Crítica / Grijalbo, 1977, p. 598.

República derrotada, lo hicieron fuera del país. Acabada la lucha física, comenzaba la pugna escrita por la verdad. “Nosotros: los muertos, los que nos vamos en carros de dolor, y aquellos que se quedan para morir o continuar la lucha, poseemos la razón.” Es una sentencia aparecida en el diario de refugiada de Silvia Mistral, titulado *Éxodo* (1940). El diario personal es un género confesional que, si no permite valoraciones en perspectiva, arroja emociones que se desbordan y proporciona el dibujo en aguafuerte de la realidad inmediata. Ya hemos mencionado otros textos similares y contemporáneos firmados por Solano Palacio y Victoria Kent, pero el libro de memorias que constituye un punto de inicio para la línea de evocación positiva de la República es *Doble esplendor* (1940), de Constanca de la Mora. Aparecido primero en versión inglesa -*In Place of Splendor*- en el año 39, el texto tiene el valor de ofrecer el testimonio utilizando su circunstancia personal de reconocida aristócrata para convencer de que la República era portadora de la verdad, aun a riesgo de caer -como sucede en algún momento- en una reivindicación excesiva<sup>41</sup>. *Connie* se dejó llevar por la cercanía del momento, por el amor que sentía por su segundo marido, el aviador republicano Ignacio Hidalgo de Cisneros -que también dejó escrita su adhesión a la República en sus memorias<sup>42</sup>-, y por la necesidad de sentirse útil con un gobierno que le había permitido rehacer su vida tras el fracaso de su primer matrimonio y eso se observa claramente en la retórica de exaltación que caracteriza el texto. El maniqueísmo, la hipérbole y la repetición son recursos frecuentes en estas páginas que se cierran con un enfervorizado grito escrito en mayúsculas: “¡VIVA LA REPÚBLICA!”

Desde ese fervor combativo inicial expresado en las autobiografías hasta hoy, la mitificación de la República ha sido progresiva, de modo que podemos establecer una evaluación cronológica. En el período que va desde el fin de la guerra hasta el año 2000, pueden distinguirse cuatro etapas en el recuerdo escrito de la República. En un primer momento, desde 1939 y hasta que España es admitida en la ONU, los republicanos que escriben sus memorias están convencidos de que la República es la opción política más eficaz contra la dictadura, de modo que luchan en el texto arduamente por justificar los errores del gobierno republicano y lo presentan como una alternativa real de gobierno. Son los textos más retóricos y exaltados, como ya se ha visto en el tono de la autobiografía de Constanca de la Mora. En este primer momento se utiliza de modo recurrente la hipérbole, el maniqueísmo simplista que caricaturiza al enemigo y se hacen afirmaciones contundentes de estar en posesión de la verdad, como hacía Silvia Mistral en su diario.

Entre 1956 y hasta la muerte del dictador, en los libros personales de republicanos hay un desánimo común fruto del desengaño. La dictadura parece interminable y al mundo se le olvidaban las razones de la lucha de los republicanos, concentrado como estaba en la guerra fría en la que el comunismo salía peor parado en la consideración internacional que el régimen de Franco. “Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del

---

<sup>41</sup> En sentido contrario, Regina García utilizó su autobiografía para demostrar la maldad de las izquierdas y su conversión al régimen franquista. El libro *Yo he sido marxista. El cómo y el porqué de una conversión* se publicó en Madrid, Editora Nacional, 1952. Hay que observar que apareció en pleno franquismo y que, así como Constanca de la Mora encontró el amor en un segundo matrimonio que pudo materializar porque la República aprobó la ley de divorcio, Regina García fue abandonada por su marido con sus hijos.

<sup>42</sup> HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio, *Memorias. La República y la guerra de España*, París, Societé d'Éditions de la Librairie du Globe, 1964.

emigrado. ¿Qué tenemos que ver con los cementerios de los países donde vivimos?”<sup>43</sup> Se preguntaba en 1970 María Teresa León en la espléndida autobiografía *Memoria de la melancolía*. El exilio se convierte en el tema fundamental de estas memorias y llegan a la dolorosa conclusión de que viven un exilio sin fin, puesto que incluso volviendo a la España rememorada en la distancia descubren que la han perdido. Xavier Benguerel escribía *El llibre del retorn* en 1977 acumulando ideas que había ido diseminando en otros libros –*Els fugitius* (1956), *Els vençuts* (1965)<sup>44</sup>– y concluía con esa desoladora sensación de que el exilio que llevaba vivido no iba a abandonarle nunca. Max Aub, el 26 de abril del año 1968 anotaba en su diario que “el problema de volver –o no– a España, a treinta años vista, no es Franco sino el tiempo: uno mismo. El exiliado murió: lo que ha cambiado es España. Otra”<sup>45</sup>. También Adolfo Sánchez Vázquez, en sus *Recuerdos y reflexiones del exilio* (1997), acertaba al definir ese sentimiento del desterrado: “El exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que ha terminado el exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser exiliado”<sup>46</sup>.

Sin embargo, cuando fallece Francisco Franco, las cosas cambian a pesar de todo. Se reactiva la convicción de que los gobiernos republicanos que han pervivido en el exilio van a tomarle el relevo al régimen, se habla de cambios, se avecinan acuerdos. Se lleva a cabo un pacto, que fue considerado modélico, pero que dejó a la República totalmente fuera de juego, ya que se reinstauró la Monarquía y, de ese modo, se volvía a la situación anterior al 14 de abril. Quedó deslegitimada la República como forma de gobierno alternativa. Comienza entonces una nueva etapa de recuerdos de República, que refleja el nuevo rumbo que han tomado los acontecimientos. Entre 1976 y 1989 se publican innumerables testimonios recién escritos o bien reeditados de ediciones aparecidas en el exilio. Empieza en esta etapa la evocación de un *illo tempore* que queda lejano y al que no se le ve posibilidad de regreso. Comienza la elegía. La República ha muerto verdaderamente –y con una gran paradoja– tras la muerte de Franco, porque es entonces cuando perdió totalmente su vigencia. Los gobiernos republicanos en el exilio, la guerra de guerrillas dentro y fuera de España, los simbolismos que salvaban la censura fueron descartados a cambio de un pacto de consenso y olvido. Quedaba solo el recuerdo. Fue el momento en que las plumas estuvieron más impacientes. El testigo escribía para inventariar, para mostrar fotografías de las batallas, de las venganzas, para levantar acta del *yo estuve allí*. Es verdad que los textos son heterogéneos en esta etapa, la más nutrida de las que analizamos, pero hay una tendencia común a considerar la República como un suceso irrepetible. “Entonces [años 30] se era republicano porque serlo equivalía a defender algo limpio y puro”<sup>47</sup>, escribió Enrique Tierno Galván en sus *Cabos*

<sup>43</sup> LEÓN, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Bruguera, 1982.

<sup>44</sup> El tema del emigrado obsesionó a Xavier Benguerel a lo largo de su vida. Trata el tema en sus *Memòries, 1905-1940*, Madrid, Alfagurara, 1971, en el *Llibre del retorn* ya mencionado, Barcelona, Planeta, 1977, en *Els vençuts. 1939*, Barcelona, Club del Llibre, 1979 y en *Memòria d'un exili. Xile, 1940-1952*, Barcelona, Edicions 62, 1982. Le ocupó, además, en varios cuentos recogidos en *L'absent i altres narracions de la guerra i de l'exili*, Barcelona, Empúries, 1986.

<sup>45</sup> AUB, Max, *Diarios (1939-1972)*, Barcelona, Alba Editorial, 1998.

<sup>46</sup> SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Sant Cugat del Vallès: Associació d'Idees / GEXEL, 1997, p. 47.

<sup>47</sup> TIERNO GALVÁN, Enrique, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981.

*suelos* (1981). Quedaba ya muy lejos y aquí se convierte en un *lieu de mémoire*<sup>48</sup>, un espacio idílico que empezaba a ser repetido siempre igual: fue breve, alegre, murió joven y no volverá.

Los años noventa marcan la última etapa, la que muestra que se consolida la idea de República como mito en la memoria. En estos años ponen manos a la obra muchos de los niños republicanos que recuerdan unida infancia y República. Al paraíso perdido de la vida se le suma el político. Fernando Fernán Gómez y Eduardo Haro Tecglen son dos de los convencidos de las excelencias del gobierno republicano. Del primero ya hemos visto alguna muestra y el segundo, Haro Tecglen, actualiza el gobierno de la República en su obra autobiográfica y en la columna “Visto / Oído” que firma diariamente en *El País*. En el último de los tres libros dedicados a su pasado republicano –los primeros fueron *El niño republicano* (1996) e *Hijo del siglo* (1998)–, titulado *Arde Madrid* (2000), estiliza al máximo el recuerdo del inicio de la República: “El temple de la mano de mi madre en mi frente fría es una sensación real de ahora mismo, un calor y un vaho de respiración y un tacto que sucede mientras escribo; como la rugosidad del palo de la bandera de tres colores o el aroma de la flor de acacia en el primer día de la República”<sup>49</sup>.

Bandera y flor de acacia son pura esencia, pero la destilación máxima es el recuerdo que tiene de la República alguien que, por edad, no la ha vivido. Un caso es el de Miguel García-Posada, quien, en el segundo volumen de sus memorias, *Cuando el aire no es nuestro* (2001), escribe: “Caminando por las calles de aquel Madrid delirante de automóviles recordaba lo no vivido, evocaba banderas rojigualdas y moradas, un tiempo de libertad, de alegría, de gloria y de furia que solo vivía en la memoria. Al llegar a la Puerta del Sol recordé los tranvías en ella concentrados, como barcos varados, el 14 de abril y el balcón de la Real Casa de Correos lleno de dirigentes republicanos. Estaba excitado, nervioso. En mi cerebro se proyectaban las imágenes de la muchachada madrileña cogida de la mano y cantando y bailando canciones republicanas. Alguien podría decir que esto me lo estoy inventando. Allá él. Ser republicano ahora, y yo lo soy, no es ningún certificado de promoción social”<sup>50</sup>. Queda la idea destilada de República, que se convierte en el escenario de lo “no vivido” en el discurso autobiográfico. Es un juego de espejos entre la realidad vivida y la realidad aprendida.

En este sentido, Manuel Vicent en un artículo de opinión aparecido en abril del año 2001 criticaba el desprestigio de la Monarquía actual y recordaba la República que, en sus palabras, “va adquiriendo el carácter de un sueño con perfume de albahaca. La República tiene el prestigio de la primavera. En su inconsciente muchos españoles asimilan todavía los ideales de modernidad a los días claros y azules de abril”<sup>51</sup>. La República de los años treinta resulta un momento histórico luminoso –“mot que jo sempre he associat, en la meva imaginació, a una llum solar, mediterrània (...) i a un cant ple d’entusiasta fraternitat

<sup>48</sup> El concepto de un tiempo evocado en la memoria convertido en tópico es de Pierre Nora. Lo explica en *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984.

<sup>49</sup> HARO TECGLEN, Eduardo, *Arde Madrid*, Madrid, Edición Temas de Hoy, 2000, p. 9. Los otros dos libros son *El niño republicano*, Madrid, Santillana, 1996 e *Hijo del siglo*, Madrid, El País / Aguilar, 1998.

<sup>50</sup> GARCÍA-POSADA, Miguel, *Cuando el aire no es nuestro. Memorias, II*, Barcelona, Península / Atalaya, 2001.

<sup>51</sup> VICENT, Manuel, “República”, en *El País*, 15-4-2001.

humana”<sup>52</sup>, dejó escrito en 1977 el pintor Antoni Tàpies en su autobiografía-, positivo por tanto y absolutamente rompedor con la rutina gris que venía gobernando al país.

### Poética de la mitificación: retórica y testimonio

Un mito se genera por la repetición amable de una misma perspectiva --habría que decir versión- en la descripción de una serie de hechos idénticos. La idealización es directamente proporcional al paso del tiempo. Durante el franquismo la República fue recordada por los exiliados que escribían, pero que debían sufrir el silencio al que les obligaba la censura. Fue evocada también dentro del país, por los que se oponían al dictador, pero que no se pronunciaban más que dentro de los muros de sus casas. Ante la prohibición de hablar de ella, se generó una especie de curiosidad enfermiza, sobre todo entre los jóvenes, por lo que había ocurrido antes. “No hay otro mito vivo que lo que se oculta”, escribió Francisco Umbral en su *Diario de un escritor burgués* y, de igual forma, las generaciones que no habían conocido la República más que en algún relato clandestino empezaron a sentir una imperiosa curiosidad por lo que se negaba o demonizaba. La curiosidad de los que conseguían textos prohibidos en tiendas de libros viejos se enardecía con la prohibición de saber más de lo pasado y así se crea la línea de memorialistas que evocan los años republicanos a partir del recuerdo explicado por familiares o amigos o bien por lo que se ha conseguido leer. Son los grupos del franquismo que se sienten receptores de una “activa herencia de una mitología republicana, como último resultado de una tradición liberal regeneracionista y orteguiana”, como ha señalado Jordi Gracia en el estudio *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo*<sup>53</sup>.

Sea como fuera, los contenidos --clisés- se reiteran explicados en un sentido idéntico, los personajes son caracterizados con ropajes de seres ideales y los símbolos se suceden: la bandera, la fraternidad, la luz de la primavera, la ilustración, la libertad, las fechas. Resultan entonces, tomando la terminología utilizada por Manuel García-Pelayo en su estudio *Los mitos políticos*<sup>54</sup>, dos conceptos: el mito propiamente dicho --esto es, la historia recordada de la II República- y el mitologema --la forma o el discurso autobiográfico-. Y si la República es el mito y la autobiografía el mitologema, por extensión, el autobiógrafo resulta el mitógrafo que recrea ese mito por medio del rito de la escritura. “El relato del mito supone una resurrección de lo que constituyó un acontecimiento primordial cuya narración viene a colmar profundas necesidades de tipo religioso o moral, social e incluso reivindicaciones o requerimientos prácticos”<sup>55</sup>. A esa actualización se acogen los memorialistas dispuestos a evocar sus felices años republicanos.

La escritura se convierte entonces en un elemento fundamental del recuerdo. Se procura una autojustificación ante el lector y ante la posteridad y para lograrlo el memorialista tiene que interpretar el pasado. En esa deformación de la realidad derivada de la

<sup>52</sup> TÀPIES, Antoni, *Memòria personal. Fragment per a una autobiografia*, Barcelona, Empúries, 1993, p. 73.

<sup>53</sup> GRACIA, Jordi, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996.

<sup>54</sup> GARCÍA-PELAYO, Miguel, *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

<sup>55</sup> REIG TAPIA, Alberto, *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*, 1999, p. 160.

perspectiva subjetiva del discurso, la hipérbole juega un papel fundamental y el falseamiento de la realidad que supone, sitúa en dialéctica abierta y necesaria los conceptos de historia y memoria.

La historia se quiere verdadera y la autobiografía se quiere parte de la historia y, sin embargo, la filosofía de la historia ya ha percibido y analizado los límites del relato -sea histórico o autobiográfico- en materia de verdades universales. “El traslado de las palabras del documento a un relato que intenta ser fiel al pasado es la lucha específica del historiador con la verdad”, escribe Joyce Appleby en su estudio *La verdad sobre la historia*. Y ese es el reto mayor al que se enfrenta también el autobiógrafo cuando toma la pluma para contar su vida. Hay lúcidos autobiógrafos que distinguen las limitaciones de esa escritura, es el caso de Luis Buñuel ya mencionado en este artículo, quien hace toda una declaración de principios al respecto al inicio de *Mi último suspiro*: “Como no soy historiador, no me he ayudado de notas ni de libros y, de todos modos, el retrato que presento es el mío, con mis convicciones, mis vacilaciones, mis reiteraciones y mis lagunas, con mis verdades y mis mentiras, en una palabra: mi memoria.” Pero este respeto a la verdad que muestra Buñuel en su autobiografía, no es una constante. Se afirma la vida individual como historia colectiva, cuando lo que realmente encontramos en los libros de memorias son diferentes vivencias de la historia, es decir, experiencias individuales de la historicidad.

Paul John Eakin se cuestiona, en su análisis sobre la escritura personal, titulado *En contacto con el mundo*<sup>56</sup>, lo que considera el presupuesto fundamental de la literatura autobiográfica, que es el hecho de que el relato de la vida de un individuo pueda otorgarnos acceso a la historia. Eakin ofrece un amplio abanico de títulos que se dedican a analizar los vínculos entre memoria e historia y concluye que las fronteras son difusas y las afirmaciones contundentes en un sentido u otro -verdad o falsedad histórica del género personal- tienen que hacerse con cierta reserva. Sea como fuere, lo cierto es que, además del tamiz del tiempo que involuntariamente obliga a seleccionar ciertos sucesos del pasado y no otros, el ejercicio de la traducción del pensamiento al papel por medio de la retórica obliga también a una ficción, siquiera mínima, que dé coherencia a hechos del pasado que no tienen por qué tener la lógica del discurso escrito. Además, el relato de la República y de la guerra civil estuvo totalmente condicionado, como se ha visto, por la victoria y la derrota, de modo que el recuerdo anda siempre dirigido.

“Bastaría que en un discurso se contuviese, valga la expresión, *una* mentira para que quizá el discurso fuese catalogado como (todo él) mendaz, y el sujeto como *un* mentiroso”<sup>57</sup>. Si tuviéramos siempre presente esta máxima expeditiva de Carlos Castilla del Pino al leer un texto autobiográfico, romperíamos con el horizonte de expectativas que genera el texto y lo asimilaríamos, en el mejor de los casos, como si se tratara de una novela. Y es que el riesgo de mentir en el relato del pasado es grande. Resulta, en fin, que las fronteras entre lo cierto y lo falso, lo veraz y lo mendaz son extremadamente confusas y, en muchas ocasiones, la aspiración a la verdad en el texto autobiográfico lleva a la manipulación y se sustituye lo verdadero por lo querido. Lo recomendable es leer todos los testimonios como instrumentos del conocimiento histórico con la intención de crear un mosaico que resulte cercano a la

<sup>56</sup> EAKIN, Paul John, *En contacto con el mundo*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.

<sup>57</sup> CASTILLA DEL PINO, Carlos, *El discurso de la mentira*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 13.

realidad.

El tema es extremadamente complejo. Hemos visto que la aplicación de esta confusión de límites al libro testimonial deriva en una lectura personal del pasado en función de un interés propio. De esta forma, a la vista de los textos, podemos concluir que se produjo una interpretación de la historia de la República, no necesariamente voluntaria, en tres sentidos. Los franquistas crearon un antimito de los años republicanos; los grupos de izquierda, que denunciaban su tendencia burguesa, una utopía de lo que no llegó a ser y, en fin, los republicanos, un mito porque le confieren a la realidad que existió solo cualidades positivas como producto de una destilación del recuerdo. Ese enfoque genera tres modelos de República que se perciben claramente en los textos: la nostálgica del mito republicano, la imaginada de la utopía izquierdista y, en fin, la odiada del antimito franquista.

En definitiva, el texto autobiográfico se erige como una segunda oportunidad para intentar la victoria, ahora dialéctica, a partir de la defensa a ultranza de unos ideales que fracasaron. Se recrea la II República en el texto memorialista y la escritura juega el papel de sueño posibilista que permite el ajuste de cuentas y el exorcismo de demonios. Del ejercicio del testimonio a la catarsis apenas hay un paso. Queda, en fin, la idea de República como paraíso perdido para un grupo de restauradores del pasado –que no de escapistas–, que se erigen en portadores de un mensaje de interés colectivo para la recreación histórica completa. La II República resulta un legado: el modelo de una actitud vital –más allá de la política– que la modernidad de cada momento puede actualizar mediante el rito contemporáneo de la escritura y la lectura.